

FUNDACIÓN BOLOS DE CANTABRIA

I CONCURSO INTERNACIONAL DE POESÍA Y RELATO CORTO



Fundación
Bolos
de Cantabria



OBRAS SELECCIONADAS



**Publicación subvencionada por la
Consejería de Cultura, Turismo y Deporte
del Gobierno de Cantabria**

Desde la Fundación Bolos de Cantabria pretendemos sostener e incrementar la relación del mundo de los bolos con la cultura. Desde esa perspectiva, se decidió convocar el Premio Internacional de Poesía y Relato, como un vehículo de conocimiento para mantener viva y en progresión ese nexo que siempre ha existido entre esta actividad, tan propia y definitoria de nuestra comunidad, y la producción literaria. Nuestro primer objetivo, tal y como consta fehacientemente en las bases de la convocatoria, es favorecer y *promocionar la proyección social de los bolos*.

Pretendemos que esta labor sea entendida de una manera de lo más amplia posible, haciendo hincapié no tan solo en la parte deportiva sino también en las numerosas características que rodean al juego en sí, al margen de las competiciones. Es importante remarcar y no olvidar el hecho diferencial que constituye a los bolos en una herencia ancestral que viene formando parte de la identidad de nuestro pueblo desde hace siglos. Entre los muchos ámbitos que abarca, tanto en la raíz cultural, que indudablemente posee, como en la importante labor de integración social y generacional que desempeña, podemos destacar la imprescindible e ingente tarea educativa que viene realizando en la formación de los niños y niñas de Cantabria.

A lo largo de la historia, son numerosos y variados los autores que han aportado sus creaciones tanto en verso como en prosa. En ese afán por continuar y ampliar este legado literario se convoca este concurso literario con el carácter de internacional, no por falta de humildad, sino por dar ocasión a través de las Casas de Cantabria a todos aquellos que residiendo, o habiendo nacido ya fuera de la tierra, no olvidan sus orígenes y, desde la lejana América, tan cerca en nuestros corazones, o desde cualquier otro lugar del planeta que haya alguien que ame los bolos pueda expresarlo bien en prosa o bien en verso.

ACTA DEL JURADO DEL CONCURSO DE POESÍA Y RELATO CORTO 2024

En la sala de usos múltiples de la Casa del Deporte Paco Gento, en Santander, siendo las dieciocho horas del martes 14 de enero de 2025, se reúne el jurado para fallar el I Concurso Internacional de Poesía y Relato corto convocado por la Fundación Bolos de Cantabria.

1º.- Composición del Jurado.

- José Manuel Iglesias Gil, vicepresidente de la Fundación Bolos de Cantabria, que actúa como presidente del Jurado,
- Enrique Torre Bolado, patrono de la Fundación Bolos de Cantabria.
- Merche Viota Faces y Borja Cavia Viteri, en representación de los medios de comunicación.
- Juan Francisco Quevedo Gutiérrez y Joaquín Díaz Rodríguez, representantes del mundo de la cultura y de los bolos.
- Actúa como secretario, sin voto, José Ángel Hoyos Perote, patrono de la Fundación.

2º.- Candidaturas.

El secretario comenta que de las obras presentadas se ha descalificado a dos en el apartado de Poesía por sobrepasar ampliamente el límite de 20 versos fijado en el punto 4 de las Bases.

3º.- Valoración de las obras y fallo.

Se procede a la lectura de las obras y a la calificación por parte de todos los miembros del jurado, indicando el secretario que se deberán puntuar de 1 a 5 puntos para elegir a las dos mejores obras de cada grupo, que una vez seleccionadas mediante votación son ampliamente comentadas, debatidas y justificadas por el Jurado. Finalmente, por unanimidad, el Jurado determina que las obras premiadas son:

Poesía: “Las cuatro estaciones”, firmada con el seudónimo “99 a bolos”.

Relato corto: “Los secretos del bolo de oro”, firmada con el seudónimo “La voz del silencio”.

4º.- Apertura de plicas.

El secretario procede a la apertura de plicas de las obras ganadoras, que corresponden a: “99 a bolos”: José Luis Pérez Gutiérrez, en el apartado de poesía.

“La voz del silencio”: Daniela Cacho Rodríguez, en el apartado de relato corto.

5º.- Otros acuerdos:

A la vista de la calidad de las obras presentadas, se acuerda hacer una selección de aquellas que el jurado ha considerado, según lo recoge el punto 18 de las bases, y editar un cuadernillo que se repartirá en el acto de entrega de premios tanto a los autores seleccionados como a los asistentes.

- Comunicar por correo electrónico el fallo del Jurado a los medios de comunicación y a todos los participantes, y por teléfono a los dos ganadores, hecho este último que se realiza en el momento mismo del fallo por parte del secretario del jurado.
- La entrega de premios se realizará en un acto público que se comunicará oportunamente. Durante el mismo, los dos ganadores y algunos de los finalistas leerán sus obras.
- Los premios para los ganadores de ambas categorías consistirán en la entrega de los siguientes obsequios: Litografía titulada “Jugador de bolos”, numerada y firmada por el autor, el reconocido artista cántabro Pedro Sobrado. Además, ser hará entrega de un Diploma conmemorativo y Cesta de productos de Cantabria.

Como secretario, doy fe y lo firmo en Santander a dos de febrero de dos mil veinticinco.

1^{ER} PREMIO DE POESÍA
CONCURSO FUNDACIÓN BOLOS DE CANTABRIA 2024

José Luis Pérez Gutiérrez

LAS CUATRO ESTACIONES

(Otoño)

Cae la hoja y se esconde el bolo, ya usado,
en la triste caseta del pérfido olvido
El frío ya se acerca, y yo, que he sufrido
los golpes más fuertes, ya estoy apartado.

(Invierno)

Nieva, y aún duerme, y sigue callado
sufriendo la larga agonía del caído
¿Volverá, aquel que otrora, mi verdugo ha sido
y altivo, en la arena me dejó tirado?

(Primavera)

Ya lucen las flores, se acabó la espera.
¡El mozo que lanza y empieza embocando!
Comienza el combate. Por fin, ¡la bolera!

(Verano)

Aprieta el calor, y siguen sonando,
alegres, los bolos, en Cantabria entera.
Gane quien gane, salimos ganando.

**1^{ER} PREMIO DE RELATO CORTO
CONCURSO FUNDACIÓN BOLOS DE CANTABRIA 2024**

Daniela Cacho Rodríguez

LOS SECRETOS DEL BOLO DE ORO

Todos los Martínez han jugado a los bolos, está escrito en nuestra sangre desde que nacemos. Mi abuelo es uno de los mejores jugadores de Cantabria y en mi familia todos han seguido su ejemplo. La pasión por este deporte es algo que se hereda, es la esencia de nuestra historia. Es algo que nos define, como el bolo de oro.

El bolo de oro sí, ese objeto de madera que ha pasado por las manos de todos los miembros de esta familia. Ese que se encuentra en el pasillo de mi casa, sobre el mueble de los premios de mi abuelo y que yo ignoro cada vez que paso para llegar a mi habitación. Ese que no es de oro, pero como si lo fuera, porque está prohibido tocarlo. Nunca supe por qué ese simple bolo viejo tenía tanto valor. Dicen que cuando lo descubres, entiendes todo, pero a mí no me interesaba su historia en absoluto. Aunque había algo en ese pasillo que sí que despertaba mi curiosidad. La puerta con candado. Esa puerta negra que no se abría por nada del mundo.

2024:

Una noche, sobre las tres de la mañana, no conseguía dormir. Solo se me ocurrió levantarme de la cama e ir a dar un paseo por la casa. Salí de mi habitación y recorrí el pasillo con la intención de llegar al salón, cuando algo extraño me detuvo. El bolo. No estaba en el centro del mueble como solía estar siempre. Alguien lo había tocado y eso en mi casa estaba prohibido. Decidí colocarlo en su sitio para no tener problemas, pero al levantarlo, reparé en una pequeña trampilla en la parte inferior. No me hizo falta hacer mucha presión, cuando la puertecita se abrió y pude ver lo que tenía dentro. Una llave ¡El bolo de oro contenía una llave! Instintivamente miré hacia la puerta con candado y me coloqué frente a ella. Decidido, metí la llave en la cerradura y la hice girar. Para mi sorpresa la puerta se abrió. ¡No me lo podía creer! Había abierto la gran puerta negra.

Entré sin pensármelo dos veces. La estancia estaba completamente a oscuras, así que me apresuré a buscar un interruptor. La luz se encendió con algunos parpadeos, se notaba que pocas personas habían pasado por allí en mucho tiempo. Me fijé en el centro de la sala, había una mesa redonda con cajas de madera y en el medio, un televisor algo antiguo y un cuaderno. Decidí abrir una de las cajas, que estaba llena de recortes de periódicos y fotografías.

El nombre “Tete Rodríguez” aparecía en cada uno de ellos. Intrigado, comencé a leer los artículos y a observar las fotos. Tete Rodríguez era uno de los mejores jugadores de bolos de la región, un gran referente. En el fondo de la caja se encontraba una cinta de vídeo. Me apresuré a meterla en la televisión. No tardé en reconocer lo que estaba viendo, era el Campeonato de España de Bolo Palma en 1995, donde Tete se convirtió en el jugador con más títulos de Campeón de España, superando al mítico Joaquín Salas. El vídeo no tenía muy buena calidad, pero se veía claramente el talento sobre la bolera.

Dentro de la caja también había un papel con un mensaje que decía: “Para llegar hasta aquí, el primer paso es sentir lo que haces. Juega con el corazón”. Caminé hacia la siguiente caja, esta vez los artículos eran sobre Rogelio González Vinales, conocido como “El Zurdo de Bielva”. También había una cinta de vídeo, en esta ocasión se veía el Concurso de la Cuerda Royalty. Aparecía Rogelio junto a otro destacado jugador de bolos, conocido como “El Zurdo de Mazcuerras”, representando a dicha localidad. En la caja también había una nota, en esta se leía: “Para conseguir esto que ves, no tengas miedo de fallar. Cada error es una lección que te acerca a la victoria”. Todavía había tres cajas más.

La siguiente que abrí era de Federico Mallavia, conocido como “Ico el Grande”. Me apresuré a ver el vídeo de la cinta que contenía. No tenía ninguna duda, era el Campeonato de España de Bolos de Primera Categoría Individual. Mallavia se convirtió en el primer ganador de este campeonato, que se celebró en las boleras de La Llama. En esta caja, el trozo de papel decía: “Después de vivirlo, aseguro que el verdadero triunfo se encuentra en la diversión. Disfruta cada lanzamiento como si fuera el último”.

Continué con las cajas, cada vez más interesado. Como no podía ser diferente, la siguiente era de Jesús Salmón y disfruté viendo el Campeonato de España de Bolo Palma en el 2009. Allí, él junto a Óscar González se llevaron la victoria en la categoría de parejas, totalizando 1356 bolos. Ahora el mensaje era: “Antes de jugar cualquier partido, recuerda que no hay derrota si te diviertes. La única forma de fracasar es dejar de intentarlo”.

Solo me quedaba una caja, pero su contenido era diferente. Había un bolígrafo y una carta. La abrí, conocía la letra perfectamente. Creo que ahora sí que estaba empezando a entenderlo todo. *“Querido futuro hijo, si estás leyendo esto es que ya llegó tu momento. Como cada miembro de esta familia, has encontrado el secreto de nuestro legado. El bolo de oro no es un trofeo, es un símbolo de nuestra pasión y dedicación. Como has visto, hasta los más grandes lo piensan: lo más importante es disfrutar cada momento del juego. La verdadera esencia de los bolos, y de la vida en general, está en el amor y la pasión que pones en cada momento. Ahora ya sabes por qué el bolo de oro tiene tanto valor. Porque... ¿De qué sirve todo en la vida si no lo disfrutas? Manuel, 1987.”*

De repente me percaté de la presencia de otra carta que decía: *Me encantaría decirte que todo acaba aquí, que todo es tan perfecto y sencillo como eso, pero hay algo más que deberías saber...* Seguí leyendo incrédulo. Cuando acabé, cogí el cuaderno, que estaba vacío y comencé a escribir en él.

2060:

Abrí el cuaderno, que contenía una especie de carta. Por la letra tan desastrosa, adiviné que lo había escrito mi padre. Ponía: *“Querido futuro hijo: El bolo para nosotros representa la importancia de vivir el deporte de la manera más pura, pero para otros va más allá. Protégelo. Puede que en esta generación no, ni en la siguiente, o quizás sí, pero le quieren y no van a parar hasta tenerlo en sus manos. No tengas prisa por descubrir lo que sucede, todo acabará saliendo a la luz. Tal vez no es de oro, pero sí que lo vale. Tal vez el oro simboliza su magia. Quién sabe si nuestros antepasados se aprovecharon de esos poderes para destacar en las boleras. Ahora queda en tus manos proteger el legado de nuestra familia. Te toca descubrir el gran misterio... ¿Los Martínez anteponen la competitividad o el amor por su deporte? Marcos, 2024.”*

HERENCIA Y TESORO

En la vieja bolera de suelo sagrado,
se oyen los ecos de un tiempo pasado,
donde abuelos y padres, con fiel devoción,
forjaron en bolos su gran tradición.

Es más que un juego, es herencia y esencia,
memoria del pueblo, su fiel pertenencia.
Cada bola lanzada, cada emboque logrado,
lleva el peso y la fuerza de un canto heredado.

Mantener los bolos, legado ancestral,
es honrar a Cantabria y su vida rural.
Que no se pierda en el aire el saber,
ni el espíritu fuerte que nos hace crecer.

Guardemos los bolos, herencia y tesoro,
y así Cantabria tendrá su decoro.
Guardemos los bolos, con firme pasión,
pues son alma y orgullo de nuestra región.

Eduardo Herrera Roiz

EL DESAFÍO DE LA PATRONA

¡A las doce y cuarto es la pleamar! Y todos los niños estábamos en La Rivera antes de las once. Y veíamos subir la marea lentamente, con el ansia de los que no son adultos, masti-cando el calor de los mediodías de julio. Alborotando en el prado, tras un balón descosido, jugando a pescar o tumbados, despreocupados al sol, dejando pasar las tres horas que nos prescribían de espera nuestros padres desde la última comida.

Algunas madres se atrevían a bajar a La Rivera con sus recatados bañadores a tomar el sol. Mientras parecían vigilar nuestras inocentes carreras, diseccionaban a las madres ausentes con el fondo de un trasnochado consultorio sentimental. Procuraban alejarse del grupo de adolescentes, todos varones, que ya no jugaban al fútbol, ni corrían idio-tamente.

El de hoy no era otro día de verano en el que no pasa nada. Mañana era la festividad de la Patrona, la fiesta mayor. Y por la tarde, estaba anunciado el desafío de bolos.

Una pareja local se iba a enfrentar a dos figuras reconocidas. Los pasquines de mano que se habían repartido por las tabernas rezaban que “Lolo Setién, fino embocador y Lin Samperio, gran birlador” tendrían por rivales a los “colosos Cabello y Salas”.

Los chiquillos nos habíamos sorteado los turnos para armar el desafío, dos por cada chico, con la tristeza de los que se habían quedado fuera.

Cerca ya de la pleamar, bajaban una decena de abuelos ayudados de retorcidas cachavas de madroño, boinas ladeadas o caídas hacia atrás, ajenos a la algarabía de juventud que explotaba apenas a veinte metros de ellos. Prendían sus cigarros de picadura a la vez, pues compartían las petacas de tabaco, el papel de liar y los chisqueros de mecha naranja trenzada. También compartían miradas obscenas a las madres que se atrevían a quitarse la blusa o remangarse la falda libertinamente.

La Rivera rebosaba vida. El pueblucho se trasladaba a este rincón de la ría en las pleamares de verano. Faltaban algunos mozos. Los que tenían tarea con la hierba seca o la siembra del maíz. Devoraban las tardes sudando en los pradones, en las tierras sembradas, bajo el yugo de un padre autoritario que luego, les daba un duro para salir a la bolera, ya con el sol buscando refugio tras la sierra, apostando porrones a los gananciosos en las partidas de bolos trasnochadas y serenas.

Y mientras tanto, el agua ya iba cubriendo terrenos de marisma y los más inquietos se quitaban los calcetines y los pantalones y se metían en la balsa, apenas mojados los tobillos por la mansa marea que avanzaba.

Hoy había que bañarse más deprisa. La comida rápida y la ropa de los domingos encima para estar presentables en la boleruca.

Con la pereza de la edad, iban llegando los más mayores a la bolera, buscando la sombra de los plátanos, acomodándose a las traviesas que unían sus troncos, disfrutando de los cigarros humeantes, colgando de labios vencidos por ese vicio. Y entre los pies, un porrón de albillo y gaseosa para compartir.

Lolo y Lin ya estaban lanzando bolas por los laterales cuando aparcaba junto a la valla de la bolera el Seat 1400 de Paco, el taxista y abría las puertas traseras para dejar salir a los dos “colosos”. Camilo, el alcalde, había decidido traerlos en aquel aparatoso vehículo para dar más brillo al evento patronal.

La pareja local fiaba el éxito de esa tarde a la puntería con el emboque de Lolo: cincuenta pesetas tenían los vencedores.

La tapia que circundaba la bolera servía de asiento a los mirones, bien por mayores, bien por veraneantes, bien porque unas mozas se habían parado a ver la partida y había que explicarles cómo iba el marcador y qué estrategia seguían las parejas contendientes.

Apenas hora y cuarto duró el negocio. Los “colosos” se pasearon esa tarde frente a una pareja local nerviosa y de nulo tino con el emboque.

Ya era de noche. La tenue luz de la solitaria farola de posguerra sólo señalaba al grupo de bolos plantados, soldados de madera, inertes y presumidos, quedando en tierna oscuridad la zona de tiro y birle. Ahora ya no había público interesado, ni armadores diligentes. Sólo muchachotes del pueblo, acabadas sus tareas de hierba seca y ordeño, lanzando las bolas con desgana, en una tranquila repetición de gestos, para acabar los ya templados porrones.

La mañana de luz y brisa del nordeste se metía en la plaza desde antes de las ocho. Algunos ganaderos se paraban, tras entregar su leche al camión, y prendían un cigarro para una charlada. El panadero hacía rugir su penetrante bocina de tres tonos y, en un instante, se arremolinaban veinte mujeres a su furgón verdusco. Era la Patrona, era “La Virgen”.

Aprovechaban también al renqueante y enmohecido furgón del pescado, y su desafiada melodía afónica.

Y tras las compras, las mujeres se dispersaban, atravesaban las callejuelas sombreadas por las balconadas, con las cestas de mimbre colgando de sus tensos brazos.

Las cuadrillas del blanco cruzan la plaza para refugiarse en otra taberna. Hablan muy alto entre ellos, enervados por el alcohol, de aquella importante bola de seis de Cabello ayer, de la infructuosa escapada de Santisteban en el Tour, de la nueva novia de Joselín, que dicen que es extranjera...

La una y media: misa escuchada y hora de comer en el pueblo. La plaza dormita, picoteada por gorriones, carboneros y petirrojos. Los gatos se relamen a la sombra, impactados por la fritura de pescado que se evade de los balcones.

Hoy la pleamar es a la una.

Jesús Andrés Cruz Ruiz

RESONARE FIBRIS

“Ut queant laxis, resonare fibris...”

Himno a San Juan Bautista. Pablo el Diácono (s. VIII)

Recuerdo un verano junto al corro de bolos
aguardando a la brisa de los fresnos cercanos
que en la tarde de fuego disipaba el sofoco
de las horas ardientes y la sed de la espera.

Yo admiraba su porte, elegante y altivo,
embocado en la arena de aquel coso alargado,
donde el tiro era un arma que al rival disparaba
con la honesta intención de no hacer enemigo.

La cadencia pausada, el avance en el juego,
mitigaban el ansia de acoplarme a sus brazos,
y una fuerza telúrica como resma estrellada
impregnaba el sosiego de un destello letárgico.

Fue un sonido especial el que vino en mi busca,
y de un soplo olvidé quién birlaba mi sombra,
se oyó un hueco estruendo, olí aroma de encina,
sortilegio y alquimia desde un tiempo lejano.

Y una racha de viento derribó todo el cuadro,
un ejército entero y el pequeño y enhiesto,
y la noche llegó dormitando entre chicos,
retinglaron las bolas con la furia del trueno.

Carmen Ruiz Ruiz

LA VIDA AL PULGAR

Un hombre mayor de buen porte y camisa de cuadros se agachaba aquí y allá por la bolera, quitando con una escardilla y un recogedor alguna mala hierba apenas brotada. Por la calleja paralela apareció una chiquilla de nueve o diez años tirando de una maleta con ruedas. Tras ella, una mujer, seguramente su madre. A sus espaldas, se oyó a un hombre decir a voces algo ininteligible y luego el sonido de un motor. Más tarde, otros críos fueron llegando de manera similar.

El hombre comenzó a dar indicaciones a la niña. La madre charlaba con un señor con muletas a la sombra de los árboles junto al tablón de la mano, a la altura de la caja, y un coche descargaba a otra niña, quizás un año mayor que la anterior, también con sus bolas.

—Cati, ponte con María en el tiro. ¡Al pulgar!

De pie junto a los bolos, el maestro no perdía detalle del juego de las niñas desde el tiro. La primera bola de María iba abierta: «¡A ver!» No dijo nada con las dos siguientes ni con la primera de Cati. Esta tiró una segunda bola al pulgar y se le cerró.

—Pa'lante, pa'lante. No te vayas para allá porque la cierras. Ese movimiento lo tienes que hacer para acá. Metes cadera cuando pises.

La niña tiró su tercera bola, de nuevo al pulgar, y nada más salir de su mano: «Eso es». La bola iba bien puesta y derribó tres después de dar al primero.

Cati acababa de birlar cuatro con una bola casi de pegar. Fue a por otra que estaba un poco más atrás, al castro pegada al tablón del pulgar.

—Ven, esa desde aquí. Poco a poco, ¿vale?

Corrigió con la palma de la mano derecha la posición de la cadera de la chiquilla. Esta lanzó la bola con resultado mediocre.

—¡Bien! —Solo que a continuación indicó con gestos de la mano que en realidad no lo había hecho del todo bien: la niña había girado la muñeca hacia el cuerpo al balancear la bola hacia atrás y luego había corregido en el impulso hacia delante—. No muevas nada, es bajar y a derecho.

Otro chaval tiró un par de bolas blancas al pulgar que dieron fuerte contra el tablón del fondo.

—Se te van largas. Practica aquí a lo ancho para forzar la mano a retenerla. Dale caña a la muñeca.

Así lo intentó el alumno. La primera bola golpeó el suelo a un metro de la tabla, pero la segunda se le escapó. Sonó con estruendo el golpe contra la chapa de la cartelería.

—¿Has visto? Tienes que meterle pared a la bola.

Pedro, un chavalín con gafas que se daba buena maña, hizo un aspaviento tras derribar tan solo dos bolos con una bola que estaba a huevo. «Doce», musitó. El maestro le indicó el lugar desde el que tenía que birlar su última bola.

—Estoy tirando un concurso... —Protestó el crío con fastidio.

—¡Qué concurso ni qué concurso! Aquí vienes a aprender. Ahora haces 130 y te vas contento, pero luego te pongo a birlar de otro sitio y no tiras un bolo. A ver, ¡mentalízate!

No tienes que hacer así —el viejo giró el cuerpo de derecha a izquierda—. Al contrario: ¡pa'llá!

Pedro derribó tres y contó con voz apenas audible «quince».

—¡Vale! Me vale. Aprendes de todos los sitios a birlar. Después juegas el concurso cuando yo te diga.

Al poco apareció Javi, un chico alto y un poco ausente. Trece o catorce años tendría y fue notorio un cambio en el tono e incluso en las palabras escogidas por el viejo maestro para dirigirse a él.

—Hola, Javi, ya ves que hoy hay menos jaleo. ¿Qué te apetece hacer?

—Vengo a birlar al pulgar —su voz profunda contrastaba con los rasgos aniñados.

—Pues hala, trae las bolas. Ponte en el sitio —en el campo de birlar dibujó un ángulo cerrado que apuntaba a la caja a unos cinco metros de esta y a unos tres del tablón del pulgar.

Javi se acercaba mucho mientras el hombre le hablaba, lo que no parecía incomodar a este.

—¿Recuerdas lo que tienes que hacer? Enfrentas el primer bolo abriendo la pierna izquierda y metiendo cintura como desde el tiro. El brazo siempre derecho y la bola mirando para fuera desde el principio. Tira —el chaval lanzó la bola y se llevó el primero de frente.

—Muy bien, casi —dijo el maestro—. Pero la bola tiene que salir trabajada y hay que pisar más firme. No puedes pisar sin seguridad. Así... esta pierna tiene que trabajar mucho —señaló su pierna izquierda—. Pones todo el peso en ella. Venga. Despacio.

—No cambies la bola, ponla derecha. Así. Luego abres los dedos y que juegue la bola. El chaval volvió a lanzar. Tiró cuatro poniéndola en el sitio.

—Muy bien. Sigue así. Tú entrenas esto y subes de juego a tope. Porque tienes la ventaja de la altura.

Mientras, los otros críos seguían tirando. En algún momento, el viejo indicaba con una señal al chaval recién llegado que plantara, lo que este hacía con diligencia, casi compitiendo por coger del suelo los bolos.

A Javi se le fue una bola con el segundo de la calle de fuera y movió un poco la cabeza en señal de lamento. La siguiente golpeó delante del primero y se lo llevó solo. Se dio la vuelta girando rápido sobre un solo pie y, después de respirar a fondo tiró una tercera que volvió a llevarse el primero, esta vez muy fino. El maestro le observaba y no dijo nada. El chaval fue hacia él caminando con un suave balanceo.

—Que no, que nunca sabré jugar a los bolos... Ya lo has visto. Que soy muy malo y no sirvo para aprender.

—Escucha lo que te voy a decir. Lo primero, que esas tres bolas las has tirado como hay que tirarlas, y la última ha estado a un centímetro de derribar cinco. Eso son los bolos y tú lo sabes.

El otro medio asentía.

—Además, ¡joder!, tú vas a aprender a jugar bien a los bolos. Y vas a hacer 130 o 140. Porque estás en la mejor escuela de España. Y porque te lo digo yo. A ver, coge esa bola otra vez y la pones donde la pusiste antes.

El chaval fue a por la bola y volvió sobre sus pasos, sin prestar atención a que todos en la bolera estaban ahora pendientes de él. El viejo maestro trazó con el pie una cruz junto al primer bolo, tan solo un par de centímetros más cerca de este que la marca que acababa de borrar. Javi se echó hacia adelante quebrando la cintura y puso la bola en su sitio, suave y con vueltas. Cayeron seis bolos que permanecieron atropados sobre la misma caja, muy cerca unos de otros.

El personal aplaudió y Javi apretó los puños celebrando el golpe. El hombre se agachó a coger un bolo del suelo:

—«¡Eres un fenómeno! Te quedas con esta bola. Lo dejas por hoy y estos días sueñas con ella.»

A TIRO

Tiene la mirada fija, calcula
la distancia en el aire, persigue
la belleza en el gesto.

La mano sostiene la bola,
la acaricia, la amasa, sabe
volverla al pulgar.

Contiene
la respiración, extiende
el fuerte brazo, lanza
arriba, hacia lo alto y crea
un vuelo que es arte.

Y cae, pero nunca caballo,
y queda muy cerca de la caja,
preparada para el birle,
para derribar ocho bolos,
para volver a ganar.

Vicente Blanco Ojea

UN CORRO CELESTIAL

¡Que viene Rafa, que viene Rafa!, la noticia corrió como la pólvora de nube en nube. Miguel fue el primero en enterarse, menudo era Miguelón para esas cosas, y allá que se fue a esperarle a la puerta. Por el camino ya iba tramando algo:

—*Viene Rafa, pensaba, el que faltaba, ya está liada la cosa, llega justo a tiempo; en cuanto deje la maleta, le llevo a la tasca, que vendrá seco del viaje, seguro que están allí Virgilio y Pepe Ingelmo echando una partida; y si están Benito y El Malvís me da a mí que no salimos ni para las tres. Bueno, tiempo tenemos una eternidad, y además, creo que le han llegado a Manolín unos botes de anchoas y unas almejas de Ancillo, o sea que habrá que dar buena cuenta de ello. Además, hemos quedado para preparar el partido de mañana contra los viejos y planear la estrategia; como si nos hiciera falta, con el birle de Rafa va a ser pan comido, seguro. Menuda cuadrilla somos, el peor yo, habrá que llamar a El Belga, que nos eche una mano. Ellos tampoco son mancos, que se han apuntado el Zurdo, Modesto, Ico Mallavia y Joaquín Salas; el chaval de Casar dice que se quedará de quinto si no llega a tiempo Pedreguera con las bolas que le ha encargado.*

Va a ser el acontecimiento del año, está todo el mundo expectante, Marcelino y Marcorre han hecho correr ríos de tinta anunciándolo.

Cuando se encontraron los viejos amigos, todo fueron bromas y preguntas. Rafa le contó cómo marcha de interesante la Liga este año, lo bien que juegan las chicas y la gente que ha venido este verano a Cantabria; Miguel le fue poniendo al corriente de cómo era aquello, tiempo le faltó para contarle lo de la partidona de mañana.

—*Pero qué dices, estás loco o qué, no tengo el cuerpo yo para bolos; lo de la tasca no te digo que no, pero bolos, quita, quita, no las llevo ni de diez. Y además, ¿aquí hay bolera?*

—*Hombre, claro. La montó El Moli cuando vino hace un par de años. ¡Que grande el Moli!, y la ha llamado El Paraíso del Más (allá), hasta restaurante ha montado, menudos cocidos nos metemos entre pecho y espalda de vez en cuando. De que el cutío esté como Dios manda se encargan Chelín, el de Santoña, y Fidel, un artista con el badillo cuando pone a todo trapo el Arriba los gananciosos de sus hermanos; hasta San Pedro un día le llamó la atención, que no dejaba dormir a los ángeles de la guarda.*

—*Vale, venga, no se hable más, Miguel, cuenta conmigo, que te conozco, eres un pesado y al final me vas a convencer igual. Y además tengo ganas de tirar unas bolas, qué coño.*

Y camino al bar se pusieron a recordar los viejos tiempos, los buenos momentos que pasaron juntos en las boleras, discutieron sobre quién había jugado en más peñas, ahí le ganó Miguelón, y entonces Rafa le atacó con ligas y campeonatos ganados y entre risotadas y golpes en la espalda tuvo que rendirse el de Puentenansa recordando la gesta del gran Rafa en los campos de Sport de El Sardinero.

Y llegó el día tan esperado. La bolera estaba a reventar, no cabía ni un alfiler, con decirnos que ya no había sitio en las gradas de nubes y muchos tuvieron que sentarse como antiguamente, con los pies dentro del corro. En la parte de arriba del tiro estaban reunidos todos los grandes: Severino le volvía a contar a Carmelo lo bonitas que habían quedado las vidrieras de la bolera del Malecón, mientras Marquines Maza repartía puros a los tres o cuatro Manolos que por allí andaban para celebrar el ascenso de su peña de Villanueva.

Mateo, Victorino y Rotella intentaban convencer a Javier y a Riancho de que organizaran una liga celestial a la vista del éxito de hoy.

—A mí ya se me ha quejado Sousa y alguno más de que no han contado con ellos, decía Braulio el de Beranga, echando más leña a la idea.

Bajo un chopo celeste, escuchando ya el retinglar de los bolos, Pepe Hierro le daba vueltas a su último poema sobre bolos y bolas mientras veía pasear a Mario Camus y María Blanchard que andaban enfrascados en una discusión sobre si los bolos son más de cine o de pintura. Algo bueno saldría de ahí, seguro.

Todo estaba preparado: Cueto, Salinas y Germán hacían de árbitros de mesa y el inigualable Foro andaba buscando como loco una silla para dirigir la contienda.

—*Que ya no tengo edad, decía, para estar de pie, y total, veo lo mismo.*

De pinche le tocó a José Luis, un chaval de Peñacastillo que había llegado pocos días antes, un crack pinando.

Punta o coz. Acertaron los veteranos y mandan al tiro a los más jóvenes. Dijo El Belga, al que nombraron capitán, que cada cual tirase de donde quisiera y Rogelio le contestó que entonces daba lo mismo, al pulgar o la mano, libertad de efecto. Esto es la gloria, así juega cualquiera.

Rafa no hacía más que reírse, estaba tan encantado como sorprendido. Tiró bolas como un demonio; bueno, como un ángel, mejor. Birló lo que quiso y hasta un emboque metió, pero no se lo contó el árbitro porque le pilló la jugada charlando de los viejos tiempos con Don Ángel, el cura de Treceño, y eso era más importante.

Y así pasaron la tarde entre risas, montañesucas y bolos. Nadie parecía tener casa, ni prisa.

—*Pues no está nada mal esto, Miguel, ¿siempre que viene alguien le hacéis este recibimiento?*

—*Nooo, le contestó casi gritando el del Nansa, solo se lo hacemos a los grandes, amigo, y como tú de grande no hay muchos. Pero venga, echa un trago al porrón y vamos al tiro, que estos viejos nos están dando una paliza que, si tuviera, me daría hasta vergüenza...*

Del resultado no se enteró ni Dios, aunque bien que tomó nota el Altísimo: *estos de Cantabria siempre están liando alguna y el que ha llegado nuevo me da a mí que no se va a quedar atrás.*

Francisco Javier Bonet Maza

EL BOLO VALIENTE

Nerviosos los nueve temblaban
y el pequeñín que los mandaba
en voz alta para darles valor gritaba:
“Aguantad firmes la tirada”.

Frente a ellos al tiro se preparaba
un coloso con una bola torneada
que derribar a todos ansiaba
para el regocijo de toda la grada.

La bola desde los dieciocho se lanzaba
y dando vueltas en el aire volaba,
hacia el primero se encaminaba
y con esa fuerza de caer, seguro no se libraba.

Recio el bolo no se despegaba
mientras la bola en él impactaba
astillando parte de su panza
moviéndolo un poco de su estaca.

Con valentía y mucha garra
sin salirse del todo aguantaba.
Al tiro aplaudía Rubén Haya.
¡El objetivo, se lograba!

Israel Díaz Ferreras

EL LEGADO DE VICENTE

El sol de la tarde caía suavemente sobre la bolera del pueblo, donde Vicente pasaba la mayor parte de sus días. Desde muy joven había soñado con ser campeón de España de bolo palma, ese deporte autóctono que para él era algo más que un juego: era herencia, tradición, un vínculo profundo con sus raíces y una forma de vida. Había crecido en la bolera, admirando a los más grandes, los colosos Ramiro, Salas, Cabello y Escalante, figuras legendarias que derribaban los bolos con una precisión admirable. Vicente soñaba con seguir sus pasos, con alcanzar el éxito y hacer vibrar al público como lo hacían sus ídolos.

Durante años, compitió con dedicación, entrenando incansablemente y dejándose el alma en cada bola. Y es que el bolo palma era un deporte que requería habilidad, paciencia y, sobre todo, mucha perseverancia. A pesar de sus esfuerzos, Vicente no lograba alcanzar los primeros puestos, pero su espíritu seguía inquebrantable. Creía firmemente que con tiempo, pasión y trabajo duro, los resultados llegarían. Pero un día, en una tarde como tantas otras en las que Vicente iba a entrenar una vez terminada su jornada laboral, sufrió una lesión que le obligó a retirarse. Decir adiós a su sueño, a esa vida dedicada al deporte que tanto amaba, fue un golpe devastador.

Para Vicente, aceptar su nueva realidad no fue fácil. La bolera, que durante años había sido su refugio, su hogar, ahora parecía un lugar oscuro, vacío, triste. Pero con el tiempo, comenzó a replantearse su papel en el mundo de los bolos. Si ya no podía competir, tal vez aún podría aportar algo al deporte que le había dado tanto. Así que, con una mezcla de tristeza y determinación, decidió abrir una escuela de bolos para enseñar a los más jóvenes el maravilloso mundo del bolo palma. Su objetivo no era formar campeones, sino transmitirles el amor por el juego y la importancia de preservar una tradición que estaba profundamente arraigada en su tierra.

En sus primeras clases, Vicente repetía una y otra vez a sus jóvenes alumnos: “Nuestro deporte es difícil, y no se trata solo de ganar, sino de ser perseverantes, mejorar cada día y, sobre todo, cuidar lo que tenemos”. Para él, preservar el bolo palma significaba transmitir no solo la técnica, sino el amor por la tradición, por el sonido de los bolos al caer, y por el folclore que a menudo acompañaba las partidas. Quería que los niños entendieran que eran ellos quienes debían continuar ese legado.

Pero Vicente también les explicaba algo más profundo cuando les decía que el juego de los bolos era un deporte tradicional que necesitaba desde quienes jugaban y quienes enseñaban a jugar hasta aquellos que, como los aficionados, iban a la bolera para animar y dar vida a cada partida. Así, les decía con pasión: “Nuestro juego no se sostiene solo gracias a sus mejores jugadores, se sostiene por los que están ahí, los que no se cansan de intentarlo, los que sueñan con ser algún día como los grandes y los que se sientan en las gradas y los tablonos a aplaudir. Sí, necesitamos a los que triunfan, pero también a los que nunca ganan y siguen intentándolo. Si ellos desaparecen, los bolos se quedarán en silencio”.

Aunque a veces sus enseñanzas parecían más lecciones de vida que simples instrucciones técnicas, sus alumnos pronto se dieron cuenta de que había un propósito en todo lo que Vicente les decía. No solo les enseñaba a jugar a los bolos, sino a esforzarse y ser pacientes. Con el tiempo, su escuela se convirtió en un pequeño refugio donde cada alumno se sentía parte de una historia mucho más grande que él.

Entre todos sus alumnos, había uno que le recordaba mucho a sí mismo: Daniel. El chico tenía una pasión desbordante y el mismo brillo en los ojos que Vicente había tenido

cuando era joven. Daniel soñaba con ser campeón, y Vicente no podía evitar sentirse identificado con él. Observaba con una mezcla de orgullo y nostalgia cómo el muchacho entrenaba sin descanso, repitiendo una y otra vez cada movimiento, sin rendirse. Vicente lo acompañaba en cada paso, en cada bolera, guiándolo y animándolo, transmitiéndole todo lo que había aprendido en años de experiencia y enseñándole a enfrentar las derrotas como una oportunidad para seguir mejorando. “La próxima vez saldrá mejor”, le decía cada vez que Daniel salía de la bolera contrariado. Era su forma de enseñarle que las derrotas eran solo una parte del camino hacia el éxito.

Un verano, tras muchos años de esfuerzo, Daniel logró clasificarse para el campeonato de España. Vicente le acompañó, y en cada bola que lanzaba el joven, sentía la misma tensión, como si estuviera allí en su lugar. Contra todo pronóstico, Daniel llegó a la final y, con un juego perfecto, se alzó con el título de Campeón de España. No se lo podía creer.

Mientras el muchacho levantaba el trofeo, Vicente experimentó una emoción que nunca antes había sentido. No era él quien estaba en el podio, pero en el triunfo de Daniel veía reflejados sus propios sueños y el amor por un deporte que había decidido transmitir a los demás. En ese momento comprendió que, en cierto modo, él también había ganado.

La noticia del triunfo de Daniel recorrió las boleras de Cantabria y llegó hasta los rincones más remotos. La escuela de Vicente, que antes era conocida solo en el pueblo, se convirtió en un referente en la región. Cada vez eran más las familias que llevaban a sus hijos a aprender con él, y la escuela empezó a llenar sus bancos de jóvenes ansiosos por aprender de aquel hombre que había tenido que abandonar su sueño de ser campeón por la ilusión de contagiar su amor por los bolos y forjar sueños en los más pequeños.

Con los años, de aquella escuela salieron muchos jugadores que, al igual que Daniel, llegaron lejos. Pero Vicente siempre recordaba a sus alumnos que su mayor objetivo no era hacerles campeones, sino enseñarles a respetar el juego, a cuidar del deporte que les pertenecía y a entender que los valores que aprendían en la bolera eran para toda la vida.

A menudo, cuando algún joven le preguntaba por qué dedicaba tantos esfuerzos a enseñar, Vicente siempre respondía con una sonrisa: “En nuestro deporte, tan importante como los grandes jugadores, es la gente que ayuda a los demás a crecer. Porque el verdadero éxito es lograr que las nuevas generaciones cuiden de este juego, que es nuestro, que jueguen, respeten y perseveren, siempre con la cabeza en su lugar.”

Y es que aquel deporte necesitaba de todos, de quienes jugaban, de quienes disfrutaban mientras otros jugaban y también de quienes ayudaban a construir esa afición por los bolos. Y Vicente, en su papel de maestro, había logrado mucho más de lo que jamás habría imaginado: preservar el espíritu de los bolos y compartir con los demás el amor profundo que sentía por su deporte.

Porque, al final, en los bolos, como la vida, el verdadero éxito no está en ganar; sino en forjar un legado que inspire y permanezca en el tiempo.

Eduardo Herrera Roiz

SONETO DE MADERA

La esférica encina pesada vuela,
choca con sus hermanos abedules,
música en cutío en tardes azules,
su retingle en el alma ya es secuela.

Juego de gananciosos de alta escuela,
para tirar no se quieren gandules,
en tu birlar al panojo calcules,
busca la fila y no hagas bola cuela.

Pasa la vida entre emboques y chicos,
entre fleje y tablón buscamos la gloria,
en pos de estacas a la mano o al pulgar.

Este arte enamora a pobres y ricos,
es deporte que cuenta nuestra historia,
mas siempre se oyó a los bolos retinglar.

José Guerrero González

EL DIARIO DE LA ABUELA

Una fría tarde de invierno, Montse buscaba un libro para leer en la inmensa biblioteca de su abuela. Al sacar uno se resbaló el que estaba justo al lado y cayó al suelo. Montse se agachó rápidamente a recogerlo y descubrió que lo que había caído era... ¡¡Un diario!! Se acercó a donde estaba sentada su abuela y le preguntó:

—Abuela, ¿qué es esto?

—Eso es una parte muy emocionante de mi vida cariño. Ven, siéntate junto a mí y te lo cuento.

Montse, llena de curiosidad, se sentó junto a su abuela a escuchar su relato.

—En este diario hay fechas, anécdotas e historia del amor de nuestra familia por los bolos desde hace muchos muchos años...

Verás, mi madre, tu bisabuela, me contaba que allá por el año 1905 su madre la llevaba a ver jugar a su padre a los bolos, la bolera estaba junto al bar y a ella le permitían tomar un refresco mientras veía el juego. Pero ella no quería mirar, ella quería participar y no le estaba permitido por ser mujer... Ella admiraba aquel juego, la capacidad de concentración y la puntería que había que tener para ganar, pero la posibilidad de jugar estaba reservada para los hombres, las mujeres solo servían para cocinar, limpiar y tener niños...

Unos seis años después de haber empezado a ver jugar a su padre las boleras empezaron a llenarse de mujeres que exigían jugar, dejaron de estar reservadas solo para hombres que combinaban juego con borrachera y fanfarronería. Mi madre por aquel entonces tenía 17 años y jugaba muy bien a los bolos, ya que su padre, viendo el interés que tenía, la había enseñado a jugar.

Una tarde mientras tiraba bolos entretenida, se le acercaron cuatro chicas y le dijeron que la habían visto jugar y querían que se uniera a su equipo para participar en un torneo. Eran Eloísa, Margarita, María y Carmen. ¡No necesitó pensárselo ni un momento, ya eran equipo!

Su primer partido lo jugaron en Santander, la preciosa capital de nuestra provincia. Cuando llegaron allí las miraban y murmuraban, “que atrevimiento”. Fueron pasando eliminatorias y al final jugaron contra el equipo popularmente conocido como “Los Duros”, liderados por Fidel González, el mejor jugador de bolos de todos los tiempos.

Fidel hizo su jugada maestra y los tiró todos; después tiraba Luisito, que por cierto siempre me contaba mi madre que de “ito” tenía poco o nada, puesto que era un muchacho enorme... miraban con una sonrisa burlona y hacían comentarios desagradables sobre “las mujeres en la bolera”.

Cuando tiró mi madre y tiró todos los bolos se hizo un silencio entre ellos, empezaron a respetarlas. La partida fue peliaguda, empataron y en la última tirada Eloísa las hizo ganadoras. Habían ganado a Los Duros, pasando a la historia por ello.

—¡Que bien abuela! ¿Y después que paso? ¡Supongo que irían a campeonatos nacionales!

—Ojalá, pero no fue hasta 1970 cuando hubo el primer campeonato nacional de bolos, un 15 de agosto y como en nuestra familia siempre se mantuvo la tradición por los bolos, en ese momento fue tu madre la que participó. Se celebró en Asturias y para sorpresa de todas las participantes estaba lleno de cámaras y expectación. Eran 60 mujeres participando. La competición duró desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Al final solo quedaban 15 personas y tu madre estaba entre ellas, quedaron segundas. Al

acabar citaron a las 5 primeras para entrevistarlas y publicar en un periódico lo que todo el país estaba deseando leer.

—Wow abuela, y que pasó después?

—Pues años más tarde, en 1985, los ganadores del campeonato celebrado en Potes fueron citados al Palacio Real para ser recibidos por el mismísimo rey, que se interesó por los bolos y un año después Adolfo Suarez visitó una bolera en Sierrapando, los políticos empezaron a interesarse por nuestro deporte, visitando boleras, pero no fue hasta 1997 cuando se creó la Liga Femenina de Bolos en Cantabria.

—¿Eso quiere decir que las mujeres no pudieron jugar de manera profesional hasta 1997? ¡Que injusto!

—Así es, querida, además las mujeres tenían premios inferiores a los hombres y para colmo ninguna marca las quiso patrocinar hasta 2019, lo cual hacía más desigual aun la competición ya que ellos tenían ayudas para los viajes, la equipación...

—¿Madre mía abuela, y porque ninguna marca las quería patrocinar? Otra vez es injusto, habría mujeres que jugaban muy bien y sin un patrocinador no tendrían oportunidad de demostrarlo.

—Pues seguro que si mi vida, pero como para algunos todavía no estaba bien visto que las mujeres nos metiéramos en un terreno que para algunos todavía pertenecía a los hombres, como eran los bolos, las marcas tenían miedo de patrocinar a las mujeres y que eso les trajera perdidas en lugar de beneficios.

Ha costado mucho abrirnos un hueco en deportes y profesiones típicamente masculinos, de hecho, todo era masculino. Pero la lucha de muchas mujeres a lo largo de todos los tiempos ha logrado que poco a poco tengamos nuestro lugar y se sepa valorar nuestro esfuerzo y nuestro trabajo lo mismo que el de los hombres.

Daniela Hevia Rodríguez

LA BOLERA

Se ponen guapas las mozucas
para ir a la bolera.

Las fiestas en el pueblo son
y como manda la tradición
en el corro, los mozos,
unos bolos tirarán.

Niños y mayores,
al son de la madera acudirán.
Los palos plantados están,
el cachi apuntando al pulgar.
En el tiro, el mozo deseando embocar
para que las mozas aplaudan su hazaña.

La bola tira con ganas
más solo seis bolos
pudo derribar.
La partida será larga,
mozos y mozas,
al caer la noche,
en la bolera seguirán.

Casilda González Portilla

LA BOLERA DE MILIO

Estoy en la bolera municipal, a punto de birlar la bola que me permita el pase a la final del torneo de San Lorenzo.

La misma bolera donde hace años, cuando éramos unos niños, no nos dejaban tirar porque en ella solo lo hacían los mayores. Si queríamos jugar, teníamos que ir a la explanada que estaba delante de la escuela, frente a la casa del viejo Milio. Como no teníamos un juego de bolos como Dios manda, usábamos unas botellas vacías de plástico y tres balones pinchados. A menudo la “bola” no cogía ningún “bolo” y se salía del recinto, yendo a parar a la huerta de Aurora, la mujer de Milio. Cada tres por dos, Aurora se asomaba al balcón y nos llamaba la atención, estaba harta de que le pisásemos los tomates y las lechugas. Milio nos disculpaba y le decía que éramos niños y que teníamos derecho a jugar, pero ella más se enfadaba y le acababa diciendo que si quería comer ensalada ya estaba tardando en echarnos de allí.

Los días de viento sur, la partida se complicaba por que a cada ráfaga se caían los “bolos” solos. La solución fue meter un poco de arena en las botellas, pero con el poco peso de las “bolas” era casi imposible que cayeran. A veces, en plena partida, pasaba un coche por lo que teníamos que desmontar el tinglado y volverlo a montar.

Milio nos veía desde su casa, sentado en su silla, sonriendo cuando birlábamos más de tres. A veces se acercaba para explicarnos lo de la raya alta, la raya al medio, el caballo, la bola coneja y el valor de los emboques. Tenía más de ochenta años pero nos gustaba verle tirar; tenía estilo, se doblaba bien y una vez birló seis al pulgar.

Cuando el ayuntamiento urbanizó los caminos, con el asfalto que sobró, cubrieron la explanada y nos quedamos sin “bolera”. Una tarde, aburridos, mientras dábamos patadas a un balón contra la pared de la escuela, Milio se acercó y nos dijo que le siguiésemos hasta un terreno que había detrás de la escuela. Allí no había más que zarzas y piedras.

—¿Queréis tener una bolera? —nos preguntó.

Nos miramos todos sin saber muy bien lo que decía. —Pues con paciencia y trabajo lo vamos a conseguir —exclamó.

Clavó cuatro estacas en el suelo y las unió con un cordel, delimitando el terreno. Fuimos con él a su casa y volvimos con un carrito y unas palas. Milio traía sobre su hombro un dalle viejo. Mientras él rozaba el terreno, nosotros cargábamos la maleza y las piedras y las apilamos en una esquina. Respetamos un nogal que había en la esquina porque nos dijo que en verano nos vendría bien su sombra. Al cabo de diez días habíamos transformado aquel solar abandonado en un rectángulo con el suelo de tierra. Pusimos unas apeas de eucalipto rodeándolo todo a modo de tablón, mientras Milio se encargaba de la caja; enterró nueve latas bocabajo, en tres filas de tres, equidistantes, y una lata más a cada lado; luego lo enrasó todo con arena de cantera y colocó una varilla que hacía las veces de fleje. Para rematar la faena, trajo una cinta, midió la distancia hasta el tiro e hizo tres marcas a ocho, diez y doce metros. ¡Ya teníamos nuestra “bolera”!

Pero aún faltaba lo más importante. Milio nos dijo que esperásemos un poco. Al cabo de tres minutos volvió con un saco en cada mano. De uno sacó nueve palos de casi medio metro y otro más pequeño, todos de madera de abedul, con su forma y todo.

—Aquí están los bolos...y el cachi —dijo. Volcó el otro saco y aparecieron media docena de tacos de encina de varios tamaños, rebajados por los lados a golpe de hacha, y que rodaban como si fuesen esféricos. —Y aquí las bolas, ¡tenéis para elegir! —exclamó.

Estuvimos jugando ese año y tres más. Hubo incluso vecinos que dejaron de ir a ver a los mayores a la bolera municipal por ir a vernos a nosotros. Las tardes de verano colocábamos unas sillas bajo el nogal para que los mayores estuviesen a la sombra. De vez en cuando mirábamos hacia ellos y allí estaba Milio, que sonreía orgulloso al vernos jugar. Mientras, al otro lado de la escuela, veíamos a Aurora que volvía de la huerta con un cesto cargado de tomates y lechugas.

Cuando cumplí los trece años acabé la EGB y me fui al instituto. Me apunté a la escuela municipal de bolos y entré a formar parte de la peña del pueblo, que jugaba en segunda y con opciones de subir a la liga de primera.

Y hoy, ocho años después de aquel verano en que Milio construyó “nuestra” bolera, me dispongo a birlar la bola decisiva para entrar a la final.

Juan Diego Cavia

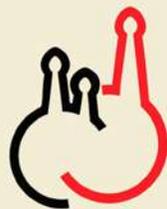
CONTENIDO

- 3 **LAS CUATRO ESTACIONES**
José Luis Pérez Gutiérrez
Primer Premio Concurso de Poesía Fundación Bolos de Cantabria 2024
- 4 **LOS SECRETOS DEL BOLO DE ORO**
Daniela Cacho Rodríguez
Primer Premio de Relato Corto Fundación Bolos de Cantabria 2024
- 6 **HERENCIA Y TESORO**
Eduardo Herrera Roiz
- 7 **EL DESAFÍO DE LA PATRONA**
Jesús Andrés Cruz Ruiz
- 9 **RESONARE FIBRIS**
Carmen Ruiz Ruiz
- 10 **LA VIDA AL PULGAR**
Jesús Barquín Sanz
- 12 **A TIRO**
Vicente Blanco Ojea
- 13 **UN CORRO CELESTIAL**
Francisco Javier Bonet Maza
- 15 **EL BOLO VALIENTE**
Israel Díaz Ferreras
- 16 **EL LEGADO DE VICENTE**
Eduardo Herrera Roiz
- 18 **SONETO DE MADERA**
José Guerrero González
- 19 **EL DIARIO DE LA ABUELA**
Daniela Hevia Rodríguez
- 21 **LA BOLERA**
Casilda González Portilla
- 22 **LA BOLERA DE MILIO**
Juan Diego Cavia



EDITA:
Fundación Bolos de Cantabria
Avda. Vicente Trueba s/n
39012 – Santander
e-mail: info@fundacionbolos.com





Fundación Bolos de Cantabria